

ALCANTARILLA

ORGANO DE LAS SEÑORAS

CLARO DE LUNA



Este es un cuadro de A. Kristas,
que no deja duda alguna
de por que á los Platonistas
les gusta tanto la luna.

Nuestra denuncia.

Aun no asamos y ya pringamos.

Aun no hemos salido, como quien dice, del cascarón y ya ha caído sobre nosotros el aplastante peso de una denuncia.

Porque el número 2 de nuestro periódico ha sido denunciado, y denunciado—¡horroricense ustedes!—por ataques á la moral.

Han sido objeto de las paternales caricias del señor fiscal los grabados del número 2.º; aquellos en que criticábamos, poniéndolos en evidencia, los atrevimientos y las desnudeces que hoy se exhiben en la escena.

Nosotros, respetuosos siempre con la autoridad, acatamos el parecer del señor fiscal, que ha visto en la lámina pecados que nosotros no soñamos en cometer; lo acatamos, sí, y procuraremos andar con pies de plomo en lo sucesivo; pero como no creemos que el reflexionar sea denunciante, vamos á permitirnos hacer, acerca del caso, unas cuantas reflexiones.

¿Qué se ha denunciado en la lámina de nuestro número segundo? Las desnudeces que contenía. Pero esas desnudeces ¿no son copia fiel, y hasta atenuada, de las que en todos los teatros de España, aun en los más respetables, se exhiben hoy á diario? ¿Por qué, pues, si se denuncia la copia, no se denuncia el original? ¿Por qué ha de horrorizar ni ha de causar aspavientos de mojigatería hipócrita y cursi, el ver durante el día dibujado en un periódico—y dibujado en son de crítica—

lo que durante la noche se aplaude en la escena? Vamos á ver: ¿por qué?

Creeremos justa la denuncia con que nos ha distinguido el señor fiscal, cuando éste, velando verdaderamente por la moral y la decencia, denuncie en el teatro, en el acto de ser representada, cualquiera de las *Revistas* que nosotros criticábamos; antes... no.

Pero no hay cuidado.

Vivimos en una sociedad hipócrita y llena de convencionalismos; el mismo que honradamente y con la mayor buena fé censura las desnudeces en las láminas de EL CHISME, pongo por caso, va por la noche, públicamente y sin el menor rebozo, á aplaudirlas en el teatro. Allí, donde las impurezas son reales, de *carne y hueso*, son tolerables, es más, son celebradas; aquí... ¡oh! aquí donde solo se vé *lo plástico* de la figura, aquí donde no existen ni el meneo incitante, ni el gesto lujurioso y provocativo de la actriz *ligera*—á veces demasiado *ligera*—aquí, no solo no son tolerables, sino que son censurables y ¡ay! hasta denunciables inclusive.

Supongamos que el señor fiscal sea chato. (Esto no es irrespetuoso, porque se puede tener la nariz muy corta y ser una persona dignísima y respetable).

Y supongamos también que le diera un día la ocurrencia de retratarse, y se quejara al ver los retratos de que habia salido con pocas narices.

¿Que debía hacer entonces?

Castigar al fotógrafo.

A esto le llaman lógica ciertas gentes

Nosotros le llamamos HIPOCRESIA.

CANUTO BLANCO Y DELGADO

Espiando

(MONÓLOGO)

Blando lecho, un San Gregorio, la mesilla, un cortinaje: ahí tenéis todo el mueblaje del modesto dormitorio.

Echado está el padre Juan...

le alumbraba una lamparita...

¿Qué tiene? ¿Por qué se agita?

¿Qué lee con tanto afán?

Un libro aprieta el buen cura...

y estarse quieto no puede...

algo extraño le sucede...

algo tal vez le tortura...

Sin duda estará rezando y aquel alma angelical tendrá un pecado venial que juzga crimen nefando...

Se sienta... Se vuelve á echar...

Se mueve... Se hace un ovillo...

pero á un hombre tan sencillo

¿qué le impide descansar?

¡Qué suspiros está dando!

¡Cuánto debe estar sufriendo!

Y sigue siempre leyendo...

y otra vez se está agitando...

Se durmió... Tiene el dichoso

libro al lado... voy á ver

de qué trata... debe ser

algún libro religioso.

En sueños ¡santo varón!

aun suspira... ¡y de qué modo!

Ahora lo comprendo todo...

¡un tomo del *Demi-Monde*!

TIMÓTEO DE LIMA.

El misterio de la Encarnación

Señores: la Encarnación es un *cachito de cielo*, que vive en un entresuelo de la calle del León.

La vi un día casualmente; pasé un rato delicioso, y... francamente, hice el oso dos horas próximamente.

Me pareció una modista mas no respondo en conciencia, pues debo hacer la advertencia de que soy corto de vista.

Varias veces me miró;

me decidí, me acerqué, y al fin y al cabo logré... que me dijera *que no*.

Desde entonces no volví á verla más, hasta ayer, que la vi al anocheecer y á su casa la seguí.

Llevaba en la mano un lío, supongo que de costura; pero ¡ay! en cuanto á hermosura ¡cómo ha cambiado, Dios mío!

Ya sus labios no son rojos, ni siquiera sonrosados,

y dos círculos morados rodean sus negros ojos.

Ya no es tan fina su tez, que á ponerse ajada empieza, y hay un sello de tristeza en su mortal palidez.

Antes la miraba atento, y hoy el verla me da pena, pues parece una azucena agostada por el viento.

Las lágrimas, cual rocío, resbalan por su semblante, y yo pregunto anhelante:

¿Qué le pasará, Dios mío?
 ¿Será el amor? ¡No señor!
 Si la siguen tres *moscos*
 y á los tres dice que *nones*,
 ¿cómo ha de ser el amor?
 ¿Tendrá algún lío? ¡Me río
 de mi! ¿reganta indiscreta!
 La Encarnación ni es coqueta
 ni puede tener un lío.
 Es incapaz de faltar
 á sus sagrados deberes,
 ¡ni sabe qué son placeres,
 ni sabe lo que es amar!
 Que no la sigan suplica,
 y aborrece el matrimonio.

Pues entonces, ¿qué demonio
 la pasa á esta pobre chica?
 La causa es impenetrable,
 y el lance terrible y serio;
 sin duda aquí hay un misterio,
 pero un misterio insondable.
 Al seguir á Encarnación
 esto me dí yo á pensar,
 y comencé á pasear
 enfrente de su balcón.
 Y estaba pasa que pasa
 por delante haciendo el oso,
 cuando vi entrar un gomoso
 en el portal de la casa.
 ¿Irá á ver á Encarnación?

¡La odiosa duda otra vez!
 ¡Oh, con cuanta avilantez
 se rebela el corazón!
 Creí oír la campanilla,
 sonar á larga distancia,
 se bañó de luz la estancia,
 osciló una cortinilla,
 Y dos seres juntamente
 no cabe duda que entraron;
 ¡sus sombras se dibujaron
 en el paredón de entrete!
 Trepé con furia al balcón,
 llegué hasta arriba en un tris...
 ¡y entonces vi claro el mis-
 terio de la Encarnación!

JOSÉ BORRÁS.

La consulta.

—Pero, diga usted... Doctor:
 ¿Que es lo que tiene mi Elena?
 El verla así, me dá pena
 y lo que es mucho peor,
 es que de nada se queja
 y no obstante se marchita;
 ya vé usted, la pobrecita,
 siendo joven es muy vieja.
 Ha perdido el apetito
 y el color que antes tenía,
 y ahora ha dado en la manía
 de dormir con el gatito.

—Estos síntomas son graves...
 —Me asusta usted, don Rodrigo!...
 —Más á curarla me obligo
 con tratamientos silvies.
 Tengo un plan, algo atrevido,
 y con él la salvaré.
 Señora: á su hija de usted
 le hace falta un buen marido.
 Su mal está en ser doncella
 y en no siéndolo presiento...
 —¿Pues me gusta el tratamiento!
 —Más ha de gustarle á ella.

—Pero usted, ya considera
 que no estando acostumbrada
 á la vida de casada...
 —Es peor que esté soltera.
 —Pues doctor, en ese caso
 no le faltará marido;
 precisamente ha pedido
 su mano el barón del Raso...
 —Siendo así tan oportuno,
 cuanto más pronto mejor...
 —Pero, y diga usted, doctor:
 ¿Tendrá bastante con uno?..

LUIS SALVADOR.

Los palos deseados.

La ví por vez primera, no *al pié de la enramada* precisamente, sino en el cuarto inmediato al mío, cuando me trasladé á una casa, en cierta calle *de cuyo nombre no quiero acordarme*. Era vecina mía; estaba en el balcón y la contemplé absorto de ver tanta hermosura. Ella se fijó en mí, la hablé con los ojos, me respondió con los *idem* y nos entendimos.

A los pocos días me declaré, me contestó satisfaciendo mis deseos, y desde entonces ¡qué noches tan felices pasábamos! Los dos en el balcón, maldiciendo la distancia que nos separaba, iluminados por la luna, siempre complaciente, pues nunca niega su luz aunque vea ciertas cosas; allí, aspirando la brisa perfumada de la noche, escuchando los *vagos rumores del silencio* (y vaya esto á guisa de paradoja) se nos pasaban las horas muertas, fijos los dos en nuestros ojos que destellaban luz, los de Adelaida, propia, los míos de la que éstos reflejaban, á la manera que el sol presta sus resplandores á los planetas que no los tienen. Esto en las noches estivales, que en las de invierno, éramos todavía más felices. Porque agrupada toda la familia al brasero, era á jamilla, demasiado pequeña para todos, y teníamos que estrecharnos y sus rodillas se juntaban á las mías, y mi brazo pasando *distraidamente* sobre el respaldo de su silla, rozaba su hombro, su talle... ¡Qué feliz, qué dichoso me sentía yo en aquellos momentos que no han vuelto y que quizá no volverán nunca!

Un día (lo recuerdo con esa melancólica tristeza que

inspiran las pasadas venturas) salió á despedirme hasta la puerta... Su familia quedaba dentro; yo estaba en uno de esos instantes de enamoramiento que sienten los amantes, pues sabido es que unas veces tenemos cierta indiferencia por la mujer querida, pero á que esa indiferencia, suceden siempre días de amor inmenso, loco, de éxtasis que os produce su presencia ó su recuerdo, yo estaba en uno de esos éxtasis, y embriagado, ardiente en la misma puerta de la escalera la pedí un beso... ¡Cómo se resistía impulsada por el pudor, que es la esencia de las virtudes femeninas; pero sus ojos enamorados, su mirada tierna y provocativa la delataban... ¡y cedió... ¡no había de ceder, si lo deseaba más que yo! Desde entonces todas las despedidas en la escalera terminaban con esa chispa eléctrica llamada beso, ¡y que excitación me producía, qué ideas tan perversas surgían en mi mente!... ¡Ah! Si ella hubiera vivido sola, si no hubieran estado cerca su familia y la mía... Solo de pensarlo me avergüenzo, y no sigo, no sigo, temeroso de que penséis que abusé de aquella mujer más de lo que en realidad lo hice.

Pero aquellos labios rojos iban disminuyendo en brillantez y color, la palidez de su cara se iba haciendo más intensa, más fuerte; Adelaida se ponía más delgada, sus orejas se transparentaban, se cansaba cuando apenas había andado cuatro pasos. Y sin embargo nadie comprendía la causa que producía esta falta de fuerzas, porque ella comía con voraz apetito, y tanto que extrañaba á su familia el que una muchacha que siempre se alimentó con menos de lo que se alimenta un pájaro, tuviese tantas ganas ahora. Eso sí, su padre

EN LA PLAYA



—Aprenderá V. á nadar sólo con recordar el principio aquel: *Todo que se metido en otro, pierde de su peso el líquido que desaloja.*

—Estese usted quieto, Narciso.
—¡¡¡Yo!!!

—¡Ay, qué ricas! Porque estas deben ser las piernas de la Purita...



«sañ Sebastian 15 Julio. Guerido Papá: estoi desesperado; pienso Tirarme ala concha... etc, etc.»

—Verás que bien floto. Las mujeres estamos algo más huecas que los hombres; poco, pero, al fin, algo.

—Ahora recuerdo que lo del submarino es "n hecho; no vuelvo á dejar que mi mujer se bañe sola.

—La verdad es que viniendo al mar... algo se pesca.

—En presentándome yo, todo el mundo boca abajo; por lo menos, los hombres.

la cuidaba, abrigándola mucho en invierno, privándola de comer todo lo que fuese indigesto, relevándola del trabajo doméstico... y el buen hombre creía que con esto podía prolongar aquella preciosísima vida!...

Yo notaba, que después de aquellas escenas amorosas que antes he relatado, siempre terminadas con una explosión de besos, pero (y esto importa por la honra de ella) que nunca pasaban de ese término, cuando la veía a la mañana siguiente, orlaban sus hermosos ojos, más negros, más brilladores cada vez, dos círculos azulados que destacaban fuertemente de la palidez de su cara... ¡Y yo, sin embargo, anhelaba aquellos instantes y los procuraba con empeño, en lugar de evitarlos como era mi deber!...

¡Pobre muchacha! Yo me marché por entonces a Filipinas con un buen destino, y al principio cambié conmigo algunas cartas, pero al cabo de cierto tiempo dejó de escribirme y ya no he vuelto a saber de ella. Debe de haberse muerto, y en ese caso, bastante responsabilidad tengo yo... ¡Infeliz!

Después de escrito este artículo llegó mi amigo Ramón, y como tengo por costumbre leerle cuantos disparates hago, y él, con su reconocida imparcialidad, me dice los que lo son más y los que lo son menos, le dí lectura de las líneas precedentes.

Noté que conforme avanzaba en la lectura se iba quedando como sorprendido, y que seguía con interés evidente aquella relación tan árida y desprovista de

galanuras. Cuando terminé, y después de reflexionar unos minutos, me dijo:

— Esa Adelaida, ¿es un cañerito de tu fantasía ó es un personaje que has copiado, y que por consiguiente ha existido?

— Pues, hombre, la verdad, todo lo que digo en el artículo ha sucedido. Yo he sido novio de esa muchacha, Adelaida Rubianes, que vivía en la calle del Pez...

— ¿De veras? Pues entonces no tengas remordimientos de ninguna clase, porque ahora vive muy gorda y muy sana en Santander...

— Pues ¿cómo?...

— Porque yo, *veni vidi*... es decir, la vi, me enamoré de ella y estuve siendo novio suyo mucho tiempo.

— ¿Y?...

— Si, chico, *vici* también. Yo fui más listo que tú; por cierto que todavía me duelen los cardenales que me levantó el padre cuando lo supo.

— ¿Cómo?

— El muy camuso, en lugar de agradecerme la salvación de su hija, me arrimó una sopapina de padre y muy señor mío.

— ¡Y decías tú que no tuviera yo remordimiento! Pues ahora es cuando los tengo mayores.

— ¿Por qué?

— Porque *ego non vici*, y porque te ganaste una paliza que, francamente, por derecho propio me correspondía a mí.

PENTAPOLÍN.

¿Verdad que sí?

¡Que bien dijo Campoamor que en este mundo en rigor nada es verdad ni mentira, y que todo es del color del cristal con que se mira!

¡Ojalá tan cierto fuera que el que un duro en perras viera con lentes de oro, topara centenes, y yo tuviera lentes, y un duro cambiara!

Pues sí: dando de revés á estos sueños ¡ay! tan sueños para mí, que á fin de mes todo lo miro á través de papeletas de empeños,

Cito esto de Campoamor, porque he intentado saber mil veces que es el amor, pidiendo como un favor á muchos su parecer,

Y á veces lo he preguntado á cuarenta y por la cuenta... no sé si uno habrá acertado, pero siempre han discrepado por lo menos los cuarenta.

Esto, dando su opinión cuando á alguno la he pedido; que así, en la conversación, hablando sin ton ni son...

¡que de cosas he oído!

Recuerdo, entre otras, que un día, hablando de su hija Aurora una mamá, amiga mía, muy íntima: me decía, con candidez seductora:

— Pues ésta está enamorada. Tiene un sargento primero de artillería rodada, y no piensa en nada, en nada... más que en el tal artillero.

¡Así tiene ese color!... ¡Si por más que me incomodo no come y lo vuelve todo!... ¡Y es que este maldito amor, se le ha metido de un modo!...

(No sé si se llamará amor el *maridicida*, ó lo que ella entenderá por amor, pero ¡ya, ya!... ¡No he sido mala metida!)

Otra vez, presencié un día, como á un pobre enamorado desde un balcón le caía no sé qué, pero... ¡que olía peor que un sordo mal criado!

Y el chico como ofendido y queriendo hallar pretesto

á aquel baño inmerecido dijo en tono compungido: ¡Ay amor, como me has puesto!

En fin, si uno á recordar fuera todo lo que había oído disparatar, y lo contara, sería cuento de nunca acabar.

Que por algo Campoamor dijo aquello del color del cristal con que se mira, y no iba á ser el amor más verdad ni más mentira.

Según piensa cada cual cuando la cuestión aborda, amor, es un bien ó un mal; la niña más ideal, ó la jamona más gorda.

Como no lo sabe bien nadie, por sus ilusiones lo toman muchos también, é influyen las aficiones de tal modo en el belén,

Que yo conozco á un Señor, que es un cazador muy viejo, y me ha dicho que el amor viene á ser... ¡Un cazador apuntándole á un conejo!

GALÍ (MATIAS).

Concurso de habilidades

A una tertulia asistía,
y á fin de pasar las horas,
fuf con algunas señoras
haciéndolas compañía;
y era la conversacion
de fórmulas tan cuajada,
que demasiado pesada
se hizo al fin la reunión.

Como á mi me causan tedio
cumplidos que á nadie envidio,
para evitar el fastidio
vino á ocurrirseme un meñío,

y hube así de proponer
que uno por uno dijéramos
todo aquello que supiéramos
con habilidad hacer.

Pronto empezó cada cual
á decirnos sus primores:
una sabia hacer flores,
otra no cantaba mal,
alguna hablaba el francés
ó un instrumento tocaba,
y otra dijo que enseñaba
á hablar á un burro el inglés.

Una tan solo quedó
sin mostrar lo que valía,
y al ver que nada decía
llegué á interrogarla yo:
— «Díganos V. [por Dios]
su ocupación favorita ..
¿Hace usté algo, señorita?»
— «Sí, señor.»

— «¿Y es...?»

— «Entre ellos.»

JUAN LORENTE DE URRAZA.

CHISMES Y CUENTOS

¿Y qué tal?

¿Les gustó á Vds. el segundo número de EL CHISME? ¿De veras que sí? Ya lo suponía; como que se agotó la tirada casi en cuestión de minutos y todavía no han cesado de pedirnos números y números, y nuevos envíos á provincias. Pero... no nos den Vds. la enhorabuena, no.

Porque Vds. no son todo el mundo y...

Y ¡nadal que á nosotros nos parecía que aquellas mujeres estaban tan ricas y tan monas con aquellos trajes propios de la estación, y con la hojita de parra, pero se conoce que al Juez (ó á quien sea) no le han gustado las dichas hojitas y...

(Verán ustedes lo que sucedió).

✱

Pues sucedió, que del Juzgado, mandaron, un recadito á la imprenta preguntando por los *moldes* de EL CHISME (que se conoce que allí creen que se guardan como los de hacer flan) y después del recado, ya pueden ustedes suponer lo que sucedería y como estaremos. Así como se dice cuando uno tiene miedo, que no le llega la camisa al cuerpo, podríamos decir nosotros que á la Redacción no le llega la camisa al CHISME.

✱

No vengan ustedes diciendo que no es posible; por qué las razones que puedan alegar para demostrarlo no tendrán fuerza.

¿Qué pueden ustedes decir? ¿Que si nos han denunciado porque publicamos dibujos de mujeres casi desnudas, estarán denunciados también casi todos los números de los demás semanarios ilustrados, que también los públcan sin que los denuncien?

Bueno, pues si es cierto ya estarán denunciados á estas horas.

Eso, díganse los ustedes al Juzgado, no á los juzgados, si es que quieren ustedes defendernos. Nosotros no podemos hacer más que bajar la cabeza y pedir por favor que...

Que no nos toquen EL CHISME
que ningún daño les hace,
y si lo denuncian... luego...
¡no nos quedan ejemplares!

✱

Y a propósito de esto. (Perdonenme Vds. pero no puedo hablar de otra cosa).

Observo que hay mucha gente por ahí, que paga gustosa por ir á ver en el teatro desnudeces al natural,

y se relame de gusto admirando pantorrillas (y otras yerbas) auténticas, y cuanto más escandalosa es una obra la aplaude más.

Eso es muy natural ¿verdad? Pues bueno. A mucha gente de esa, que es tan inmoral, le pone V. EL CHISME en la mano, y se escandaliza, y le dice á V. sin soltarlo:

¡Que inmoral es esto!

✱

Que es lo que le pasa á nuestra querida *Barcelona Cómica*. (Que ¡por supuesto! á estas horas debe estar denunciada.)

¡Eso es inmoral! ¡Eso es tal! ¡Eso es cual! ¡EL CHISME es una indecencia!... (¡Como si ella no fuera por lo menos otra!)

Y nosotros ¡claro! la dejamos decir todo lo que quiera, mientras agotamos tranquilamente las ediciones (tiramos más que ella ¡eh!) para recordarle al final, si no se muere con la palabra en los labios, la frasecita de aquella chula madrileña, que después de aguantar de otra, un sin fin de insultos sin chistar, se contentó con decirle: ¡Ya has acabado!.. Pues ahora voy yo á decirte lo que no te ha dicho nadie en la vida:

¡Adios!... ¡mujer honraa!...

Correspondencia

Saryukin r.—Barcelona.—Los versos no valen; pero en cambio me ha gustado el título. Conque... ¿Porqué hizo Dios la mujer? ¿Porqué nos han denunciado á nosotros? ¿Porqué escribe V. versos? ¿Se apuesta V. algo á que es... porque sí?

J. M. B.—Barcelona.—No señor, no resulta. Y mucho ojo si es verdad que á su esposa de V. le lleva el primito EL CHISME y se lo coloca entre mano y mano, porque... ¡de ahí si que podía resultar algo!

T. Doy.—Barcelona.—Bueno, pero mientras sean sonetos con versos cortos inclusive, no los tomo y en paz.

R. M.—Mientras pienso si no valen ó si no sirven reforme V. un poco la letra.

P. tr. Arca.—Barcelona.—Si señor, sí; nos han denunciado. ¡Vamos! ¡Yo quería decir que sí; que aprovecho una!

B. E. A.—Es V. un barbian. Muchas gracias por aquello de «V. y Peral son los únicos que valen en España una *mitaja*». Ojalá pensara así el Juez! Conste que hubiéramos complacido á V. pero como verá ya no hace falta. Cuando pueda le contestaré particularmente.

F. P.—Madrid.—Lo de V. es malito y no sirve; pero en cambio lo de su amigo es peor. ¡Ah! El soneto si es regular pero... me parece que está mal copiado.

La Morros—Barcelona. Sirve casi todo. Se le complacerá. J. Cretti. Madrid.—Es bonito, pero... hace mucho calor, y muchos conservadores y muchas denuncias. ¡Mande algo menos verdad!

F. P. C. No sirve por una porción de razones.

Y por otra porción no podemos contestar las cartas que quedan.

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, (pasaje)

GATO ENCERRADO



Si aqui no hay gato... y la cama
la he sentido yo mover...
¿Dire al huesped que hay ratones?...
¿Pero, y si hubiera sido el?

ANUNCIO

EL CHISME

ÓRGANO DE LAS SEÑORAS

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los martes y colaboran en él los mejores escritores y los más

renombrados dibujantes

NO ADMITE SUSCRIPCIONES

PRECIOS DE VENTA:

Número suelto. 10 céntimos.

Id: atrasado. 25

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Imprenta Militar de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.

HORAS DE DESPACHO

DE TRES Á CINCO DE LA TARDE, TODOS LOS DIAS LABORABLES